

Los pacificadores vascos

EN la gran manifestación contra el terrorismo del pasado mes de febrero en Madrid, se pudo oír con toda claridad: «ETA no, vascos sí». Estos gritos nacen de una mayor conciencia del sinsentido del terrorismo, pero, a la vez, del trabajo firme y callado de las asociaciones pacifistas del País Vasco, que han sabido transmitir de forma civilizada un mensaje contundente contra la violencia.

Entre los años 1982 y 1989, se fueron generalizando diferentes concentraciones pacíficas contra la violencia. Por medio de ellas, se fue articulando una nueva manera de estar en la calle y de expresar las ideas. No había silbidos, ni piedras, ni quema ritual de cabinas o autobuses, sino una pancarta blanca desplegada en favor de la paz, un breve manifiesto y unos minutos de silencio. Desde el primer momento, se trataba de «reconquistar» la calle para la mayoría no violenta del País Vasco.

El entorno de ETA y del llamado Movimiento Nacional de Liberación del Pueblo Vasco (MNLPV) encontraron ante sí un grupo creciente de la población que ni aprobaba sus métodos ni quería continuar con la situación. Pero lo más importante consistía en que un sector ciudadano, no identificado con ninguna sigla política, perdía el miedo ante sus presuntos «representantes y liberadores».

ESTA alternativa civil se estructuró en torno a la Coordinadora Gesto por la Paz de Euskalherria, nacida en 1989. Actualmente la conforman 160 grupos integrados por personas de diferentes sensibilidades nacionalistas y políticas. El 50 por 100 de ellos se encuentran en Vizcaya, el resto se reparte entre Guipúzcoa (30 por 100), Álava y Navarra.

Esta coordinadora ha podido aportar una valoración sobre la vida humana, sea cual sea su etiqueta. De hecho, su defensa de los derechos humanos se ha orientado tanto a víctimas como a terroristas, entendiendo que estos últimos, al morir o al permanecer en la cárcel, también sufren las consecuencias de una lógica inhumana. De ahí que sean partidarios de la política de reinserción de presos que quieran dejar las armas. De este modo, la respuesta a ETA no ha llevado al enfrentamiento civil sino a buscar fórmulas racionales y democráticas ante las provocaciones constantes del entorno de HB.

La importancia de este movimiento social estriba en tratar de educar para la paz a un pueblo acostumbrado desde hace varias décadas a la violencia. Esta pedagogía va extendiéndose lentamente y ha obtenido su fruto en ambientes universitarios, donde los grupos violentos han ido reduciendo implantación. Sin embargo, queda mucho por hacer en la enseñanza primaria y secundaria, donde parece encontrar, en muchos lugares, un profesorado todavía hostil a estas fórmulas de pacificación ciudadana. De hecho, este sector de la educación sufre con mayor fuerza tanto la dificultad de un sistema triple de ikastolas, según el porcentaje de euskera o castellano, como la confusión existente entre defender la cultura vasca y mantener un proyecto político que responda a la gran diversidad de sensibilidades sociales de su entorno, y no sólo a una de marcado carácter dogmático.

Esta iniciativa social ha encontrado eco dentro de los ambientes nacionalistas radicales con el grupo pacifista Elkarri. Desde una sensibilidad cercana a HB, EA y sectores de PNV, se ha formado este grupo que se relaciona directamente con el MNLPV. Gracias a Elkarri se abre la

primera gran fractura social en ese entorno, que puede ser la clave para ir terminando con el apoyo social a la alternativa violenta. En este sentido, recordemos que, aunque HB ha bajado en votos en las últimas elecciones, el descenso que se ha producido no es todavía significativo, debido al control social que estos grupos imprimen mediante su discurso cerrado e intolerante.

Elkarri mantiene un difícil equilibrio. En el tema de la violencia ha ofrecido mecanismos de diálogo a las fuerzas políticas, tal como se mostró en el programa-manifiesto que produjo el año pasado. Además, se percibe una orientación que sintoniza con pretensiones del nacionalismo radical como puede ser la concentración de presos de ETA, que ha sido apoyada fundamentalmente por Gesto por la Paz, ya que la defensa de los derechos humanos también incluye a los presos y sus familias. Además, el Estado debería caer en la cuenta de que mantener esta política puede endurecer y reforzar a los votantes de HB.

SI la sociedad civil española tomara en serio este tipo de iniciativas, quizás nuestra democracia estaría más fortalecida en su actividad ciudadana, no dependiendo sólo de la voluntad de los políticos. Los ciudadanos debemos recuperar el diálogo social y afrontar nuestros problemas. Tanto Gesto por la Paz como Elkarri, así como diversos voluntariados, O,7, etc. ofrecen la otra cara de una sociedad muchas veces pasiva. Gracias al pacifismo vasco, encontramos que la sociedad vasca va saliendo de su aislamiento para construir su propio futuro.